Prólogo

Libros del Asteroide

He leído y releído esta novela de mi abuela Elisabeth. Mi padre me entregó el manuscrito amarillento con correcciones de típex junto con una pila de los boletines de notas de Elisabeth del Schottengymnasium de Viena y un sobre de manila repleto de trabajos de economía de su época universitaria. Había unas cuantas páginas autobiográficas brillantes en las que describía su niñez, sucedida a principios del siglo XX en el Palais Ephrussi de la Ringstrasse —los caballos de tiro, los tés interminables en casa de las tías abuelas—, y un manojo de las cartas que intercambió con su tío preferido. Pero no mucho más. En el instante liminal del traspaso de documentos, mi padre me dijo en broma que yo era el conservador del archivo. En los muchos, muchísimos meses que pasé rastreando por archivos y bibliotecas y recorriendo las calles de Viena, París y Odessa en busca de la historia familiar que se había convertido para mí en una obsesión, caí en la cuenta de que esa penuria archivística tenía todo el sentido del mundo. Mi abuela se había pasado la vida transitando de país en país: solo guardaba las cosas que consideraba importantes. Como estas páginas.

Esta obra sin título, llamada ahora *El regreso de los exiliados*, no se publicó mientras estaba viva. Cuando conversábamos sobre la importancia de la escritura, jamás me desveló qué signi-

Libros del Asteroide

ficaba para ella, lo tuve que descubrir recientemente mediante este párrafo único y extraordinario:

> ¿Por qué hago semejante esfuerzo y pongo a prueba mi resistencia y mi energía para escribir este libro que nadie leerá? ¿Por qué tengo que escribir? Porque lo he hecho desde siempre, toda mi vida, y siempre me he esforzado por hacerlo; nunca he dejado de titubear mientras lo hacía y casi nunca he logrado que me publicaran… ¿Qué me falta? Tengo sensibilidad lingüística… Pero creo que escribo en un ambiente enrarecido, no dispongo del don de la comunicación llana, todo está destilado en exceso. Me ocupo de las esencias, y su sabor es demasiado sutil para que la lengua lo capte. Es la quintaesencia de las experiencias, no las experiencias en sí… Destilo demasiado.

Esta es la voz de Elisabeth, una voz exigente, que se examina a fondo, incapaz de compadecerse de sí misma; en ella también se nota su profunda necesidad de escribir, algo que guardó a lo largo de la sucesión de decepciones que le supuso el rechazo de los manuscritos de sus novelas (cinco en total, tres en inglés y dos en alemán). Ella quería crear novelas de ideas: intentó equilibrar una vertiginosa combinación de influencias intelectuales y emocionales, el rigor inquebrantable de su vida académica y la lírica imperativa de su faceta de escritora de poesía y ficción. En *El regreso de los exiliados*, los dos protagonistas principales, Resi, la joven y bella muchacha, y el profesor Adler, el académico exiliado, dramatizan estas dos vertientes de su vida. Y la suya fue una vida cargada de dramatismo.

Elisabeth de Waal era vienesa y esta novela habla de ser vienesa. En ese sentido, versa sobre el exilio y el regreso, sobre el tira y afloja del amor, la rabia y la desesperación respecto de un lugar que forma parte de tu identidad, pero que también te ha rechazado. *El regreso de los exiliados* refleja esta complejidad

Libros del Asteroide

y en su forma de trazar las emociones representa, en parte, una especie de biografía.

Elisabeth von Ephrussi nació en 1899, en el seno de una familia dinástica judía que treinta años antes había adoptado Viena como su hogar. Fue aquella una época extraordinaria en un lugar extraordinario. Su casa estaba en el Palais Ephrussi, un monolítico edificio neoclásico adornado con cariátides situado en la recién edificada Ringstrasse, ese arco de edificaciones públicas y monumentos imperiales erigidos para reflejar la gloria del imperio de los Habsburgo. La casa, de mármoles y dorados, era un signo identificativo creado por una rica familia de financieros con aspiraciones, una de las muchas de aquella vía, conocida en la ciudad con el burlón apelativo de Zionstrasse: la calle de los judíos. La madre de Elisabeth, una bella baronesa judía con el título adecuado, había nacido en el Palais Schey, a unos cientos de metros de allí. Sus primos vivían al lado. Un mundo cómodo donde nacer, aunque complejo.

Esta combinación escindible de dinero y estatus, la cuestión de la procedencia y de a qué lugar perteneces, era propia de la constitución de Viena. Como capital del imperio, sus calles cobijaban a todos los países y grupos étnicos. Asomada a la ventana de su dormitorio, mirando hacia la universidad a través de las ramas de los tilos, Elisabeth veía y oía marchar las bandas de los regimientos imperiales de toda una franja de Europa. Tal como reflexiona el profesor Adler, uno de los protagonistas de su novela, en las horas insomnes que preceden a su regreso, «… desde los cuatro puntos cardinales habían llegado en busca de fortuna checos, polacos, croatas, magiares, italianos, y también judíos, por supuesto, para mezclarse, alimentarse y enriquecer esta ciudad alemana que, mediante su intervención, se convirtió en única y auténticamente imperial». Elisabeth recuerda su educación políglota en una ciudad plurilingüe. Y su escritura nació de una facilidad natural para los idiomas. Podía elegir en qué lengua escribir y leer:

Libros del Asteroide

> Nací y viví en Viena, de modo que a mi alrededor se oía el alemán en su variedad austriaca, con sus vocales suaves y a veces estridentes y sus consonantes mudas, un idioma que podía ser tosco, aunque jamás cortante, pero culto al fin. Fue para mí, de jovencita, la lengua de Goethe y Schiller, después de Rilke y Thomas Mann, de Kant y Schopenhauer, y la lengua en la que se produjeron las obras teatrales de Reinhardt. Pero no era la lengua del pequeño mundo, inmediato e íntimo, de mi infancia. Esa fue el inglés.

La niñez de Elisabeth transcurrió en ese ambiente de excepcional privilegio, rodeada de criados, pero también de tremendos convencionalismos sociales. Sus progenitores —un padre erudito con una magnífica biblioteca, una madre con una gran presencia en la sociedad y un vestidor sin parangón— discrepaban apasionadamente sobre su educación. Elisabeth se impuso y le permitieron estudiar con profesores del Schottengymnasium, la prestigiosa escuela para varones situada enfrente de la casa familiar. Se graduó al terminar la primera guerra mundial, cuando el imperio se desmoronaba entre disturbios y deserciones. En su certificado consta una larga lista de *sehr gut*. Gracias a ello pudo entrar en la universidad y estudiar Filosofía, Derecho y Economía. En cierto sentido, se trataba de una elección muy judía: el profesorado de estas tres disciplinas contaba con una notable presencia judía. Pero fue, además, una decisión profundamente personal. Adoraba el funcionamiento de las ideas, y gracias a esta rigurosa formación académica se sentía totalmente a gusto con el discurso filosófico. Encontramos prueba de ello en la correspondencia que mantuvo a lo largo de su vida con Ludwig von Mises, el formidable economista y politólogo vienés, y con Eric Voegeling, el filósofo político.

Elisabeth tenía, además, otra vida literaria. Era poeta. Como a muchos de su generación, la cautivó la poesía lírica de Rainer Maria Rilke, el gran autor radical de la época que, en su obra,

Libros del Asteroide

combinaba la franqueza de la expresión con una intensa sensualidad. Sus versos están llenos de epifanías, momentos en que las cosas cobran vida. Un tío suyo le presentó a Rilke y en ese momento inició con este una correspondencia para ella muy valiosa; sometía sus poemas a su crítica y recibía unas respuestas largas y detalladas, acompañadas a menudo de copias de los versos que él estaba componiendo. Al leer la colección de cartas de Rilke, se advierte que muchos de sus corresponsales eran jóvenes, poéticos y titulados: Elisabeth fue una entre muchos. Pero el tesoro de misivas que la acompañó siempre en sus viajes —de Viena a París, a Suiza y luego en su nueva vida en Inglaterra— tuvo para ella un intenso valor simbólico: fue su aprobación como escritora por parte de otro autor.

Las lenguas de Elisabeth le permitieron abarcar una impresionante vastedad de literaturas. Después de conocer a Hendrik de Waal, mi abuelo, y casarse con él, aprendió neerlandés y ambos intercambiaron poemas en ese idioma. En los años treinta, cuando vivió en París, colaboró con *Le Figaro*. Publicó reseñas de novelas francesas en el *Times Literary Supplement* a lo largo de los años cincuenta. Escribió sus dos primeras novelas en alemán y las tres últimas en inglés. Con razón sus estanterías me llenaban de asombro. Cuando la visitaba en mi época de estudiante de Literatura Inglesa, la conversación se desviaba hacia géneros y países, y una referencia a Goethe lanzada al azar invocaba la última escena de *Fausto*, aprendida ochenta años antes. Hablábamos de Rilke y de Hugo von Hofmannsthal. Y a continuación de Joyce, momento en que ella iba a buscar su edición del *Ulises*, adquirida en Shakespeare and Co, con sus cubiertas de papel azul brillante. Compruebo que está intonso de la página 563 en adelante. Y Proust. Releía sin cesar a Proust. Cuando descubrí el texto en el que hablaba de «la quintaesencia de las experiencias», tuve la impresión de que podía tratarse de una descripción de Proust.

El regreso de los exiliados es un libro profundamente autobiográfico. En el personaje de Resi, la hermosa muchacha perdida

Libros del Asteroide

en el medio social, se aprecia un atisbo de proyección. Y en el profesor Adler, el académico cuya necesidad de volver a Viena constituye el centro de la novela y que se ve obligado a valorar qué lugar ocupa entre quienes se quedaron, creo que se aprecia la fuerte intuición de estar viviendo una vida alternativa. Se intuyen también momentos emocionantes de las experiencias de Elisabeth cuando se produce el encuentro entre el personaje de Kanakis y un agente inmobiliario a quien consulta para comprar una vivienda. Se oye el recuerdo de las reuniones de Elisabeth con los abogados austriacos, cuando intentó localizar y recuperar propiedades y colecciones de arte robadas a la familia y confiscadas como consecuencia de la anexión del país por parte de la Alemania nazi en 1938. Se percibe en la ansiedad y en el estremecimiento del agente inmobiliario cuando le pregunta sobre los dos cuadros, de reciente adquisición, que cuelgan en la pared de su despacho:

> «Pensé que los cuadros decoraban la sala, le daban cierta distinción, dentro de lo que podía permitirme. Sin embargo, es cierto que pertenecieron a un caballero que debió de ser un conocido de su familia, el barón E—. Es posible que usted los haya visto en su casa. Por desgracia, el barón E— falleció en el extranjero, en Inglaterra, creo. Tras recuperar los bienes que pudieron localizar, sus herederos los subastaron; imagino que estas cosas anticuadas no encajaban en sus casas modernas. Adquirí los cuadros, así como la mayoría de los objetos que ve aquí, en las salas de subasta: todo de modo abierto, público y legal, como comprenderá…»

Pero sobre todo el libro trata de la angustia del regreso:

> Por fin estaba allí, en la Ringstrasse: la mole del Museo de Historia Natural a su derecha, la rampa de acceso al edificio del Parlamento a su izquierda, más allá el chapitel del Ayun-

Libros del Asteroide

> tamiento, y frente a él, las verjas del Volksgarten y la Burgplatz. Allí estaba él, y allí estaba todo; aunque los senderos que cruzaban la calzada, antaño flanqueados de árboles, se encontraban ahora despojados, sin plantas, solo quedaban en pie algunos troncos desnudos. Por lo demás, estaba todo allí. Y de repente, el desajuste temporal que lo había mareado con ilusiones y delirios cobró forma, y él era real, todo era real, un hecho indiscutible. Él estaba allí. Los únicos que no estaban eran los árboles, y esa señal de destrucción comparativamente trivial, para la que no estaba preparado, le produjo una pena inconmensurable. Cruzó deprisa la calzada, atravesó las puertas del parque, se sentó en un banco en una avenida desierta y rompió a llorar.

El regreso de los exiliados es una novela de gran vivacidad y enorme ternura, que en el fondo retrata lo que supone regresar del exilio. En sus páginas vemos reflejada a una escritora francamente ambiciosa y a una mujer de un coraje formidable. Elisabeth regresó a Viena semanas después de la *Anschluss* de 1938, con el fin de salvar a sus padres en el momento en que más la necesitaban. Logró llevar a su padre a Inglaterra en 1939. Volvió inmediatamente después de la guerra para averiguar qué había sido de su familia. Luchó durante diez años para obtener justicia por los agravios cometidos y combatió la intransigencia, la hostilidad y el escarnio de las autoridades vienesas. Y lo llevó todo a cabo sin perder la capacidad para vivir plenamente el presente y no convertirse en rehén de la experiencia de ser una refugiada.

La publicación de la novela de Elisabeth, transcurridos tantos años desde los acontecimientos a los que alude, es una maravillosa celebración de alguien que leyó, escribió y vivió con semejante fortaleza.

Edmund de Waal,
Londres, 2012

Libros del Asteroide